Diario Sur, 7 julio 1991

Conversaciones flamencas

H. ZURITA

Una exhaustiva labor del académico malagueño Ruiz Sánchez publicada en SUR por agosto-septiembre de 1986, nos llevó a conocer los diferentes pareceres que se barajaban sobre la etimología del vocablo «flamenco» con el que se adjetiva el cante. Todas las opiniones son igual de respetables, pero no dejan por ello de ser opiniones o pareceres personalísimos.

Existe una última aportación, la de Angel Alvarez Caballero, que se refiere a las repoblaciones de Sierra Morena por alemanes y flamencos a raíz de la pragmática de Carlos III, del 10 de junio de 1761, referente a la construcción de la carretera general de Andalucía, que conectaría el valle del Guadalquivir con la Mancha, por Despeñaperros.

Ante la necesidad de repoblar Sierra Morena y el desierto de la Parrilla, como única forma de defender la nueva carretera del acoso de los malhechores, se encarga al aventurero Thurriegel la traída de colonos centroeuropeos. De esta forma llegan 6.000 entre alemanes y flamencos, además de 283 suizos. De las vicisitudes de estas colonias subvencionadas por el estado y sus roces con las poblaciones adyacentes hay tema para estar hablando toda la vida, y posiblemente se pueda encontrar algo importante, sobre la etimología del vocablo, si se indaga en los documentos de la época. Hecho este inciso seguiré esta conversación comentando el resultado de mis averiguaciones sobre la fecha en que empieza a aparecer escrito el vocablo «flamenco» para denominar el cante.



Las peñas flamencas mantienen vivo el cante

EL 25 DE FEBRERO DE 1853 ES LA PRIMERA VEZ QUE SE PUEDE LEER CLARAMENTE EL VOCABLO «FLAMENCO» COMO SINONIMO DE «CANTORES ANDALUCES»

González del Castillo

El gran sainetista gaditano Juan Ignacio González del Castillo (1763-1800), costumbrista antes de que se pusiera de moda el costumbrismo, cuenta en su haber con 44 sainetes sobre la vida diaria de Cádiz y su provincia, escritos en habla coloquial. Fue maestro de castellano del alemán Juan Nicolás Bölh de Faber, cónsul en Cádiz de su país, fundador de las bodegas Osborne y padre de Cecilia Bölh (Fernán Caballero).

José Mercado encuentra en uno de estos sainetes de González del Castillo, «El soldado fanfarrón», estos dos versos: «El melitar que sacó/ para mi esposo un flamenco». Es una lástima que Mercado sólo nos dé estos dos versos, pero asegura que lo que sacó fue un cuchillo grande. Y Ruiz Sánchez, en «El lugareño en Cádiz», encuentra éstos: «¡Válgame Dios, que ziudad/ tan jermosa! Aquí hay flamencos,/ moros, y otras mil naciones/ que al hablar parecen perros.» En este ejemplo parece claro que está refiriéndose a personas. Me deja un poco desconcertado que un mismo autor utilice el mismo vocablo para designar un objeto y a personas. Si la palabra estaba en la calle y se utilizaba como comodín, podrían aparecer más «flamencos», a poco que se busquen, para indicar las cosas más dispares.

«Don Preciso»

Juan Antonio de Iza Zamacola, bilbaíno de Durango, pionero del incipiente nacionalismo musical del siglo XVIII, para combatir la ópera italiana y la música francesa imperantes, puso de manifiesto el interés que los cantos populares poseían, no sólo como señas de identidad de un pueblo, sino como inagotable fuente de inspiración artística. En 1799, con el seudónimo de «Don Preciso» publica la «Colección de las mejores coplas de seguidillas», tiranas y polos que se han compuesto para cantar a la guitarra». El vocablo flamenco no aparece por parte alguna, ni tampoco en la siguiente edición, que hace en 1802 con aportaciones que le envían amigos de Málaga, Cádiz y Murcia.

«El tío Conejo»

Arcadio Larrea encontró (una tonadilla, según Alvarez Caballero o un juguete cómico según Ruiz Sánchez), fechada o fechado en 1830, reproduciendo en «Algunos datos nuevos para la historia del Flamenco», el siguiente diálogo:

—Director: Mi comprender
el cachirulo, el zorrongo,
quirivó de me.
¿Mi saber parlar quitano, eh?
—Conejo (en son de burla):
Lo mesmito que un flamenco.

Larrea no nos da el nombre del autor, dato importantísimo para para conocer la autoridad literaria del mismo. Por un lado se puede interpretar que atribuye la misma acepción a flamenco que a gitano, pero por otro también se puede comparar flamenco con alemán o sueco. De todas meneras aquí el vocablo se utiliza como gentilicio.

El solitario

Nuestro paisano Serafín Estébanez Calderón, el primero que en sus cuadros de costumbres nos describe escenas andaluzas, a partir de 1831, que pueden considerarse flamencas. A pesar de su prosa castiza no intercala en ninguno de sus escritos el vocablo flamenco, cosa extrañísima considerando que hasta se inventa palabras jergales, dándoles a otras diferente sentido al que solían tener. Los editores se las ven y se las desean para hacer una clara traducción de sus escritos al castellano actual.

Veamos la opinión de Emilio García Gómez: «Verdaderas cataratas de vocablos que se enraciman y se enredan, caudalosos y vivaces. para colmo, él los complica más aún, desplazándolos ligeramente de su significación originaria, inventando también otros nuevos, y deformándolos casi siempre con intención irónica y caricaturesca que nos recuerda muchas veces la pasión verbal de Quevedo.»

Fernán Caballero

Ya he presentado al padre (Juan Nicolás Bölh de Faber) y al tutor (Juan Ignacio González del Castillo) de Cecilia Bölh de Faber y Larrea, escritora costumbrista que firmaba con el seudónimo de «Fernán Caballero». Su producción literaria más significativa va desde 1835 a 1859 y conoce a la perfección el lenguaje popular. En 1859 publica una recopilación de poesías, recogidas en su mayoría por tradición oral, que traduce meticulosamente al castellano. Sólo en contadas ocasiones recurre a la fonética andaluza escribiendo «ligítimo» por legítimo, «jambre» por hambre, «esfallecido» por desfallecido... pero el vocablo flamenco, o no lo conoce o no le da la gana introducirlo en sus escritos. Estamos ya en 1859 y nada de nada.

Los viajeros románticos

George Borrow, apodado en Madrid «Don Jorgito el inglés», fue un destacado políglota que se ganaba la vida desde muy joven con las traducciones. Enviado a España por la British and Foreign Biblie Society en el encargo de editar y distribuir ejemplares del Nuevo Testamento, recorrió nuestro país de 1835 a 1840, dando con sus huesos en la cárcel de Madrid por vender Biblias sin notas. De regreso a Inglaterra y merced a un buen casamiento, se dedicó a escribir cómodamente de su viaje, dando a luz, en 1841 «Los Zincali», en el que se puede leer, si encuentra uno una edición traducida al español, el siguiente párrafo:

«... gitanos o egipcianos es el nombre que, por lo común, se han conocido en España, así en épocas pasadas, cmo en la presente, a los que en inglés llamamos gipsies, pero también se les ha dado otros varios nombres, por ejemplo "castellano nuevos" "germanos" y "flamencos"... el apelativo de "flamencos" con el que al presente se les conoce en varias partes de España no se les habría dado nunca, probablemente, a no ser por la circunstancia de llamárseles o creérseles germanos, ya que germano y flamenco son considerados sinónimos por los ignorantes...».

Aquí parece el vocablo flamenco en extrañas circunstancias, de la mano de «Don Jorgito», que lo supone sinónimo de gitano, por suponer que los gitanos españoles pasaron por Alemania, cosa imposible como ya ha sido comprobado. Aquí volvemos a las teorías de Medina Azara, sobre los judíos sefarditas en Holanda; de Urbaneja, moriscos en los tercios de Flandes; y de Manuel Barrios sobre al integración de los moriscos que no quisieron irse de España cuando la expulsión, con el pueblo gitano. De todas maneras aparece el vocablo flamenco, por lo que Jorge Borrow tuvo que escucharlo o referírselo su probable informador, pero todavía no se utiliza para designar el cante.

No ocurre lo mismo con los demás viajeros románticos de principio del siglo XIX. Laborde, William Jacob , Alexander Slider (que fue asaltado por los "trece niños de Ecija"), Washinton Irving, Richard Ford (el más documentado) y Theophile Gautier, por citar los más conocidos, no mencionan, seguramente porque no lo conocen, el vocablo flamenco».

En Madrid

Blas Vega, otra vez, encuentra en «La Nación» de Madrid, del 25 de febrero de 1853, una gacetilla de la que entresaco este texto: «Música flamenca. Dice un periódico que los cantores andaluces que tanto se lucieron noches pasadas en el concierto verificado en los salones del señor Vasano... han logrado tal boga esos «flamencos», que ya tenemos en campaña un empresario deseoso de aprovechar tan buena ocasión... podemos asegurar que hemos visto a los flamencos muy metidos en harina...»

Esta es la primera vez (25-2-53), que se puede leer claramente el vocablo flamenco(s) como sinónimo de «cantores andaluces» y en Madrid. Por esta fecha se iría popularizando, hasta 1881 que con la aparición de «Cantes flamencos», que publica el padre de los Machado con el seudónimo de «Demófilo», se introduce definitivamente en el idioma castellano para designar el cante, el baile y el toque, aunque el real Diccionario de la Lengua Española no recoge esta acepción hasta la edición de 1925.

JUAN ANTONIO DE IZA ZAMACOLA, BILBAINO DE DURANGO, PIONERO DEL INCIPIENTE NACIONALISMO MUSICAL DEL SIGLO XVIII, PUSO DE MANIFIESTO EL INTERES QUE LOS CANTOS POPULARES POSEIAN, NO SOLO COMO SEÑAS DE IDENTIDAD DE UN PUEBLO, SINO COMO INAGOTABLE FUENTE DE INSPIRACION ARTISTICA